



# ¡Oh, héroe en el papel!

## Acercamiento al heroísmo en la literatura

CARLOS VÁSQUEZ

*Los siglos convirtieron al líder en un ser maligno. Sin embargo, antes el líder por excelencia era el héroe, el cual tenía características distintas. En los relatos antiguos y en la literatura moderna se advierte al personaje principal, sea cual fuere su condición, que es el héroe de la historia. Raskolnikov lo es, como también madame Bovary o incluso Frank Bascombe. Una última metamorfosis la sufre el héroe con el arribo del antihéroe, como Ignatius Reilly, o cada uno de los integrantes masculinos del clan Buendía. El escritor ecuatoriano Carlos Vásquez nos invita a adentrarnos en la figura del líder en la literatura.*

**L**a alocución «en un lugar» es lo mismo que decir «en muchos lugares». Todo ocupa un puesto que, cuando se suman sus partes, es el mismo puesto. Así, podemos reducir el espacio mínimo a partir del universo en su integridad, aunque no sepamos qué significa eso. En el universo conocido, que es el que abarca nuestra visión y comprensión —es decir, nuestro lenguaje—, las partes no son lo mismo que el todo. Una persona con características viles es separada de la sociedad a un espacio asignado para que pene por sus fechorías o bajezas. En cambio, alguien cuya probidad haya sido demostrada es elevado, así sea de manera imaginaria, a los altares. De tal modo, cada quien ocupa un puesto específico. Hay un lugar en el que estará. Quizá en esto la literatura se desmarca de las corrientes de pensamiento y facto para generar un espacio donde todos podemos identificarnos —nuevamente— en la palabra. Esta es el único lugar de nuestros encuentros y desencuentros. Cuando Miguel de Cervantes escribe «En un lugar de la Mancha», para el lector ese lugar es el suyo, lo entiende sin depender

“  
la literatura se  
desmarca de las  
corrientes de  
pensamiento y  
facto para generar  
un espacio donde  
todos podemos  
identificarnos —  
nuevamente— en  
la palabra.”

de conocer, por ejemplo, el contexto histórico de España, o del mundo en sí, de finales del siglo XVI e inicios del XVII. «En un lugar» es, por extensión, todos los lugares, es cada sitio donde hay un lector que, aterrado, y por eso emocionado ante el misterio inminente, abre la gran novela española. A partir de ese momento, que también es muchos momentos, los sentimientos del Quijote empiezan a difundirse —o fundirse, tal cual— en cada nervio del lector, quien identificará, le guste o no hacerlo, los actos del caballero andante con los que ha soñado, puede que en la vigilia, ojalá que en la vigilia, que serían los suyos. Actos de heroísmo incondicional en los que, sin esperar algo a cambio, un sujeto, de pocas carnes y el seso cocido, ejecuta por el bien común, aunque sí con el anhelo de ser reconocido como un caballero, salvador de inocentes y de poblados que se ven sumidos en las injusticias, que están siempre a pedir de boca de los hombres. Por extensión —como he dicho—, todos somos el Quijote al sentir su hidalguía y desenfreno. Por extensión, todos estamos locos.

Es entonces cuando empieza el sentido de heroísmo como lo palpamos hoy en día. Antes, Ulises, Aquiles, Dante o Job mostraban un mundo en el que los héroes no se sentían parte de él, y no todos ellos calzaban en la definición convencional de líder. Posiblemente, tampoco lo haga el Quijote, pero tiene de líder ciertas características naturales, acaso por ser un señor de casa. Aquiles, menos heroico que Ulises, y ciertamente menos líder, trata a toda costa de desprenderse de su condición sobrehumana, pero sus fuerzas no llegan a tal nivel. Siempre estará atado a la desgracia de los dioses. Su destino le resulta ineludible. Ni la locura lo zafaría de esos cabos y cadenas. Es un hombre porque tiene todos los defectos y el mayor de ellos es el temor. Pero el suyo es uno que los hombres no lo entenderían jamás. Es el temor a una eterna vida de aburrimiento. Para él, como para los dioses homéricos, la palabra «aburrimiento» es sinónimo de inmortalidad. Todos mueren y

morirán a su alrededor, así que debe normarse algo para que exista la supervivencia de los otros. Y es que para un inmortal su condición anula los pecados. Esos que tanta diversión proporcionan a los seres humanos. Él los ve. Andan a hurtadillas, son traviesos, buscan las maneras de ser haraganes, son sus héroes por el ingenio que emanan. Conoce a Ulises, más heroico que Aquiles, por lo tanto más inmortal, y sabe que él será quien otorgue la victoria, él conquistará Troya. El ardid que el rey de Ítaca emplea no es la gran cosa. Un caballo de madera es una simpleza en su caso. Para él, más complicado será recuperar los afectos de

su mujer, en quien piensa a diario, en quien sueña sumergiéndose en laberintos nocturnos para rescatarla. Eso mantiene viva y ocupa su mente. Esa mente laboriosa que nos enseña que

“**Todos somos el Quijote al sentir su hidalguía y desenfreno. Por extensión, todos estamos locos.**”

el heroísmo es enloquecer, porque escucha el canto, algo que milenios después replicará ese Caballero de la Triste Figura. Enloquece a propósito y todo lo demás es producto de esa locura. Enloquece cuando el canto de las sirenas entra por sus oídos. Todo lo que viene después es falso en vista de que las sirenas no toleran su escapatoria. Ellas saben que fueron escuchadas. Las canciones saben cuándo reposan en buenos oídos. Por eso mejoran cada vez que son entonadas de nuevo, así la interpretación no sea tan amable. Y las sirenas eran canto, no eran devoradoras de marineros. Era su canto. Cuando Ulises le cuenta a Penélope las travesías que ha tenido que cursar, solo está replicando el canto, que afinó en su período de vagabundo y pedigüeño a las afueras de su propio palacio, disfrazado de nadie. Había sido amo y señor para luego convertirse en una piltrafa denigrada sus subyugados, quienes entraban en el escenario con su papel cumplido: ellos también debían fingir, fingir que no sabían que Ulises había regresado, fingir que no morirían si osaban anhelar a su señora.

La literatura nos proporciona héroes dispares. Como a quienes remedan, los personajes literarios intentan encontrar la originalidad, lo



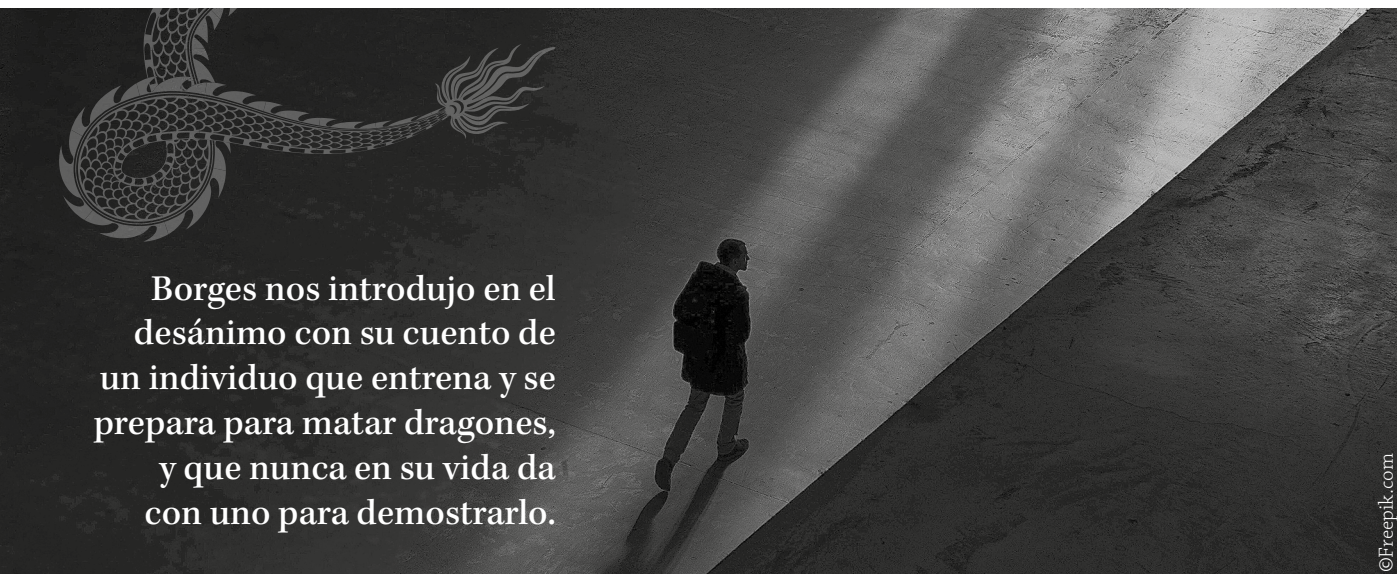
“  
La literatura nos  
proporciona héroes  
dispare. Como a  
quienes remedan, los  
personajes literarios  
intentan encontrar la  
originalidad, lo que se  
logra exclusivamente  
cuando existen  
sacrificios.  
”

que se logra exclusivamente cuando existen sacrificios. Un líder humano, que en cierta medida roza la imagen de héroe que tenemos, al menos desde lo conceptual, es alguien que deja de hacer varias actividades moralmente dudosas para encaminar el sendero de los otros. En teoría, se trata de alguien intachable, alguien a quien debemos seguir porque su ejemplo es rescatable. Entonces, la mortalidad se pierde a cambio de su sacrificio. Lo que queda son sus actos que han devenido en palabras, lo que cierra el círculo, ya que los actos, previamente, fueron palabras. La inmortalidad, herencia de Ulises, puede replicarse. Las palabras con las que cautiva a Penélope, que luego lo verá partir de nuevo, acaso en espera de que regrese a reconquistar su amor —nadie imaginaria que ella no se acostumbró a esperar y los galanteos y esfuerzos de otros príncipes y nobles por desposarla—, son las mismas que enarbola el líder de una empresa multinacional en nuestros días. Palabras de convencimiento, de enamoramiento, palabras en las que cabe el mundo real y algunos mundos alternos. En los afamados, y ciertamente maravillosos, compendios de héroes, escritos, casi a la par, por Ralph Waldo Emerson y Thomas Carlyle, el planteamiento nos hace discutir con los autores si de verdad existen hombres superiores y cuyos destinos están previamente trazados. En el Romanticismo, esta concepción era habitual. Del recién nacido, cuando era apenas eso, se podía narrar su biografía hasta su fallecimiento. Era como si se le escribiera el guion que estaba obligado a cumplir, de memoria, con punto y coma. Era algo común y algo dislocado de la realidad. En otras palabras, la realidad nos marcaba. El hijo de aristócratas, aristócrata sería. El hijo de sirvientes no podría evadir su hado. Carlyle, verbigracia, planteó que el destino de Napoleón era grande, sin margen para la discusión. De no haber sido el estadista notabilísimo que fue, habría sido un teatrero a la altura de Shakespeare, quien, en cambio, si hubiese dedicado sus esfuerzos a la zapatería, habría sido el más destacado zapatero de todos los tiempos; acaso sus creaciones habrían enseñado a todos a bailar. Fue entonces necesaria la presencia de una pluma que desdijera esos caminos. Que empiedre una ruta desconocida por donde los descalzos puedan caminar sin tanto dolor. Ese hombre santo se llamó Charles Dickens, y, aparte de fundar la nostalgia y la Navidad, heroizó a la clase obrera, a los borrachos de taberna que lloraban en coro por sus mujeres e hijos a altas horas de la noche, a quienes tenían la posibilidad de ser buenos. Generó finales felices, que, si bien existían previamente, no eran la comidilla habitual de las novelas o relatos de la época victoriana, ni lo han sido nunca.

Y es que también los héroes pueden ser los creadores. No solo las criaturas. Por eso hay buena, y también muy buena, literatura autorreferencial —*En busca del tiempo perdido*, diga-

mos—, o memorias —*Confesiones de un italiano*, digamos—, o cada poema de Yeats, Vallejo, Pessoa, que fue la creación de sus criaturas. Por supuesto que podemos advertir que el héroe *per se* posee ciertas cualidades innatas e inamovibles y que estas han sido marcadas por la literatura. A partir de *Los crímenes de la calle Morgue*, el héroe, Dupin, destaca entre sus coetáneos por una capacidad que no tienen los otros. Ve mejor, habla mejor, su olfato es una alerta constante y prevé la muerte. Siente mejor. Es entonces, tal y como apunta con tiento Ricardo Piglia, cuando aparece la figura mejor planteada y dispuesta del héroe, efectuada por Raymond Chandler: Philip Marlowe. Un sujeto desaseado. Vicioso. Enamoradizo. Incorruptible. De una sagacidad que a la vez es su defecto y que le impone el alcoholismo, o viceversa, defecto del que urge para no desencajar en el barriobajismo que habita y del que se nutre y —acaso— enmienda o justifica. Sin Marlowe, la mafia y los crímenes son innecesarios. Así, él forma parte esencial de su época, de su mundo. La literatura policial, en la que el líder y el héroe son antagonistas, aunque a veces tan solo sean la cara contraria de la misma moneda —la que se lanza para decidir la suerte de algún pobre diablo—, demanda y provee de la existencia de un sujeto engabardinado que tantea el mundo, desde un ángulo versado, y es que Marlowe es un gran lector, el niño que sacaría las mejores calificaciones pero que prefiere jugarse el año

escolar al encenderse cigarrillos en los corredores de la escuela. Lee, pero oculta su afición, ya que no puede quedar en evidencia; en otras palabras, no puede perder la oportunidad de los afectos de una dama. Lo oculta desde el humor, que es la herramienta con la que combate al miedo. Lo oculta desde un movimiento perpetuo, que, en principio, contradice la noción más elemental de lector, de alguien sosegado, quieto. Tiene las manos ocupadas, digamos que para no volverse carterista o para no dejar sus huellas digitales en un solo lugar y tenerlo todo señalado, hecho de su propiedad. Y si para resolver un delito le es menester robar o fingir que apuñala a su mejor amigo, lo hará bajo el pensamiento de que hay un bien mayor. Pero no son solo los Sherlock Holmes o los padres Brown los que fungirán de héroes. Hay otro lugar que ocupan con probidad: la fantasía. Pensemos en Hércules con su melena al viento en *Los caballos de Abdera*, arribando a corregir el hondeo de aquellas crines desbocadas y con espíritu. Aquel Hércules cumple a la perfección el papel de salvador. Un salvador mudo, aquel que nunca tendrá que proferir palabra alguna porque es más que los hombres. Luego, pensemos en los príncipes matadragones. Borges nos introdujo en el desánimo con su cuento de un individuo que entrena y se prepara para matar dragones, y que nunca en su vida da con uno para demostrarlo. Estos príncipes encantados de cuentos de hadas son el prototipo de todo



Borges nos introdujo en el desánimo con su cuento de un individuo que entrena y se prepara para matar dragones, y que nunca en su vida da con uno para demostrarlo.





gladiador moderno. De todo gran deportista, de todo atleta. Y están William de Baskerville y Baudolino, dispares aventureros emergidos de la imaginación de Umberto Eco. Están Hamlet, con sus devaneos mentales, y Falstaff, a quien poco le importa su propia sabiduría proverbial. A ambos nos es inevitable obedecer. Está *El sueño de los héroes*, de Adolfo Bioy Casares, con Gauna y su admiración por su líder, Valerga. Subrayo que no siempre un héroe es un líder. No tiene que serlo. Le basta, lo define un hecho preciso y sustancial. Puede incluso ser un suceso efímero, puede ser inventado. Para Kipling, el ser humano puede inventarse reyes y dioses y héroes, y si no los tiene, es su deber moral hacerlo. El líder se construye a cada momento, debe sostener su poder ético por sobre los otros. Es el resumen de una secuencia de hechos. La diferencia es que a uno le debería importar la moral y no le importa —el líder—, y al otro le debería importar la gloria, y no le importa —el héroe—.

A través de todo este breve recorrido, nos preguntamos cuál es el sitio preponderante, el verdadero lugar que ocupa un héroe. Si es uno y uno es muchos, entonces podríamos asegurar que el héroe viene de la mano de la historia del hombre. En cierta medida, y por lo tanto, el héroe es la sombra del ser humano. Está ahí, latiendo en el corazón de los hombres, y es la palabra que lo gobierna la que lo forja. Las palabras son la materia de la cual estamos hechos. Para Andrés Neuman, en su *Barbarismos*, la definición de héroe es «personaje encargado de distraernos del auténtico protagonista». Y el líder es un «traidor en ciernes».

Y luego, importa el canto. Baltazar Gracián decía, en *La agudeza y arte de ingenio*, que «aunque la eminencia de los sentimientos está más en ostentar la grandeza del ánimo y la superioridad del corazón; con todo eso se ayudan mucho de la agudeza del concepto, y entonces tiene doblada la perfección». A lo que apunta es a que el valor es la referencia por tomarse en cuenta del héroe, y este, para Baltazar, era el que merecía guiar a los otros, el líder, el que moriría por su pueblo antes de permitir que uno solo de sus pobladores derramara una sola

gota de sangre. La sangre que el héroe derrama es simbolizada por el llanto de cada mujer que lo despide al pie de su tumba o de su monumento, que para el caso es lo mismo. Y las palabras del orador de turno, de quien enalteciera sus valores, serían el reflejo de sus heroísmos. «La profundidad y grandeza de estos dichos es indicio de la del corazón; habiendo dado Alejandro cuanto tenía, y repartido sus Estados con sus amigos, preguntóle uno: “¿Con qué se quedaba?”. Respondió, que con la esperanza... acción más real el hacer grandes que el deshacerlos... Para ser rey de los demás, es menester serlo de sí... las hazañas grandes se han de ejecutar sin consejo, porque la consideración de peligro no extinga la audacia y la presteza... no hay presidios más fuertes ni seguros que el amor de los vasallos». Y es que el canto es el que configura el perfil del héroe. El canto, las palabras, son los límites hasta dónde llega, parafraseando a Ludwig Wittgenstein, en su *Diario filosófico*. Mientras más se repitan de boca a oído, de una manera sucesiva y estable, la figura se fortalecerá, porque cada palabra repetida con entusiasmo y ensoñación es un proceso alquímico de formación de una especie de gólem, que, paulatinamente, se va corporizando con mayor rigor y exigencia. El canto hace patria. Su repetición forma ejércitos. Y el líder, que puede estar ausente, es a quien esos batallones seguirán, así sea a los abismos más profundos, a los infiernos más gélidos.

Uno de los últimos casos destacados de heroísmo ha sido protagonizado por las mujeres. Ya sabemos cuánto importan las lectoras, Anna Karenina, sobre todo, pero sería de plano injusto sobrevalorar a Isak Dinesen o a la amante de Marguerite Duras, y en los últimos tiempos a Agnes, la Anne Hathaway de Maggie O'Farrell, verdadera heroína shakespereana que estelariza *Hamnet*. Sus maneras son delicadas. Cuando Anna Karenina se sienta, cruza las piernas, lo que es una afrenta a cualquier hombre que pretenda acercársele; también un reto. Se ha peinado al descuido. Lee con la misma suavidad con que acaricia los bordes de las páginas. El libro en sus manos levita. Ella no está ahí, está solo el libro. Dinesen habla de

África, habla con una voz queda, con la voz de quien ensayó durante su niñez cada sol mayor con maestros tutelares particulares y diestros. Alguno de ellos la amó en silencio y ella le devolvió el silencio. Agnes corta hierbas, se lastima en alguna y chupa su sangre. Se vampiriza. No sabe por qué, pero sabe que puede leer su destino. Agnes es Maggie, su hacedora. Tiene en sus pócimas su destino. Nadie más, solo ella. Prepara un caldo para su marido. Refuerza su mente, le provoca ansiedad. Sí, hay una heroína más. Hay una lideresa más. La lectora. Y es que la amante lee su destino en las líneas de las manos de su amante.

Hay un héroe más. Este se para siempre en una esquina para salvar a alguien. De tanto estar ahí parado y para que las leyes en su versión uniformada no lo ataquen o interrumpen, se finge vagabundo. Algún día el destino le sonreirá y salvará a alguien de una muerte segura. No reclamará nada en vida, pero algún despistado escribirá su historia; eso lo sabe, lo siente

“

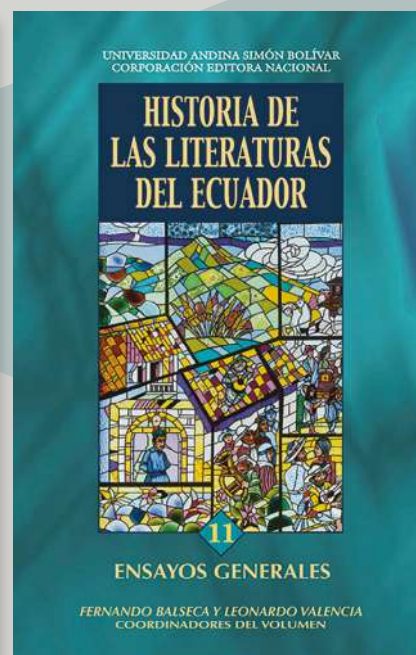
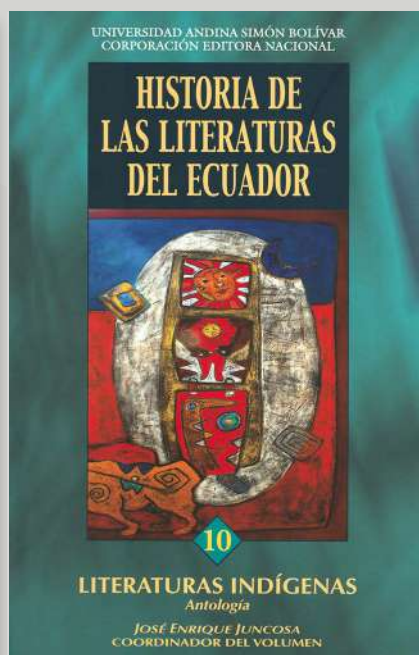
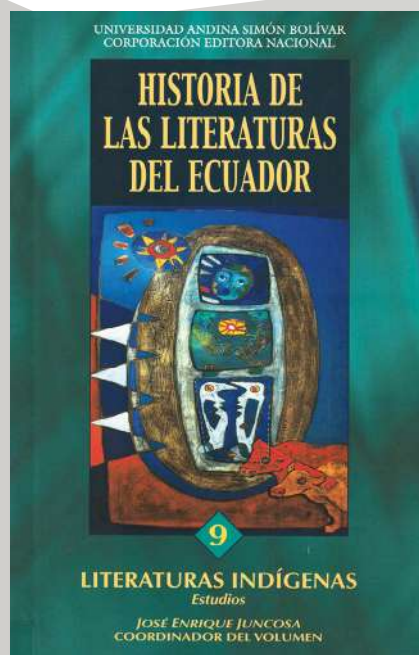
Hay un héroe más.

Este se para siempre en una esquina para salvar a alguien. ”

inevitable. Pero este escriba la recordará mal, es decir, que de su pluma saldrá una obra maestra porque no conocerá los pormenores de su heroísmo. La escritura inmemorial es el resumen de sí misma. Aquel hombre, abnegado y prometeico, quería triunfar en la vida, una sola vez, y luego perderlo todo, como aquel Job bíblico que a su pesar entendió el porvenir y se resignó a él. Claro, el vagabundo, a quien salvará, será al Diablo, vestido de inocencia y víctima. Nuestro héroe habrá fracasado, volviéndose el héroe del Señor de las Tinieblas. Y solo sonreirá.



## Publicaciones



COLECCIÓN HISTORIA DE LAS LITERATURAS DEL ECUADOR